

# Ya no tengo fuerza para ser civilizada

Laura Gisela Herrera Mendoza  
Universidad Autónoma de Aguascalientes  
lghmptm@gmail.com

Para Mariana y Frida, por prestarme con ternura sus manos cuando las mías no alcanzan a sostenerme.

## En manos ajenas

Mariana y yo nos conocimos en secundaria. Desde entonces, y a pesar de la intermitencia que implica la distancia, nos hemos acompañado al atravesar diversos dolores. En septiembre del 2022 subió una historia a Instagram, donde aparecía un libro color lila con flores en su portada y, lo que más llamó mi atención, fue su título: *Ya no tengo fuerza para ser civilizada*. Inmediatamente surgió en mí la necesidad de leerlo, pues llevaba meses acompañada de una sensación parecida, sentía que no albergaba ya más fuerza, ni siquiera para cumplir con las tareas básicas del hogar. Tenía catorce meses con el malestar instalado en el cuerpo, por lo que cualquier forma de apaciguarlo, aunque fuera por un instante, me era necesaria. El libro color lila se me había presentado como una posibilidad de encontrarme en palabras ajenas, usualmente, cuando esto pasa la soledad disminuye, siento que el dolor que me habita, pese a no ser uniforme, es universal. Me siento comprendida.

Al día siguiente me visitó Frida. Ella tiene apenas dos años instaurada en mi vida; durante este periodo de tiempo nos hemos dado a la tarea de compartirnos, por lo que estamos familiarizadas con nuestras heridas y cicatrices. Le conté con entusiasmo inusual sobre el libro que había visto en historias de Instagram un día antes y, en un intento por prolongar el ánimo, me prometió que en mi próximo cumpleaños me lo regalaría.

## Por fin en mis manos

Llegó septiembre del 2023; afortunadamente ya no estaba deprimida, hacía siete meses que el dolor me había abandonado y, a pesar de ello, seguía latente el deseo por leer ese libro. Frida me comentó que ya había realizado el pedido por Amazon, ahora quedaba esperar al día veintitrés para recibir mi regalo. Me la pasé especulando sobre su contenido hasta que por fin estuvo entre mis manos. Cuando recibo, descargo, compro, hurto un poemario suelo ir primero al índice, me gusta ver las posibilidades que contiene enlistadas, dejar que alguna de ellas resuene conmigo y solo entonces comienzo a hojear, *scrolllear*.

A pesar de que el índice es el primer elemento paratextual que atrae mi atención, sé que los demás elementos también contienen hallazgos interesantes. Al revisarlos me di cuenta de que sabía muy poco sobre la autora, por lo que me dispuse a buscar información al respecto en internet: Iveth Luna Flores, nació en 1988, en Ciudad Apodaca, Nuevo León. Es licenciada en Letras Mexicanas por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Cuenta con tres poemarios: *Comunidad terapéutica* (Premio Nacional de Poesía Francisco Cervantes Vidal, 2016), *Ya no tengo fuerza para ser civilizada* (Universidad Autónoma de Nuevo León, 2022) y *Mis amigas están cansadas* (Dharma Books, 2024). Su segunda publicación se divide en siete secciones: “Imaginé una vida contigo en Fantasías Miguel”; “Hallazgos”; “Bolsita de Ziploc”; “Crisis para Principiantes”; “Abuela, tú siempre estás hablando dentro de mí”; “Yo cargo mis flores” y “Un poema con tierra en las uñas”.

Tenía en mis manos la primera reimpresión del poemario, lo que me reafirmó el sentir de no ser la única en una lucha constante por mantenerse de pie ante el mundo de la cotidianidad, los deberes y labores. Éramos muchas las que nos sentimos identificadas, ya sea con el título, un poema, o algo en particular que motivaba su adquisición. Imaginé una multitud cansada, sin fuerza para seguir fingiendo ser civilizada.

### Manos compartidas

Después de leer el poemario un par de veces me di cuenta de que cada sección tenía una agrupación de poéticas afines; si bien no abordaban un tema en particular sus temáticas podían ser alambradas fácilmente. Por ejemplo, en la sección “Crisis para principiantes” convergen cuatro poemas que considero aluden a una de las muchas epifanías que una puede alcanzar durante el proceso psicoterapéutico, ese momento en el que una se da cuenta que también abona a los dolores. Del gusto por jugar con la costra a punto de sanar, hasta arrancarla y adolecer de nuevo. Algo muy común entre las que venimos de familias o infancias caóticas, donde el desorden pareciera ser la única forma de vida. En “El problema con la terapia”, poema que forma parte de la sección “Crisis para principiantes”, las experiencias de vida son trastocadas por la sensibilidad estética de la autora,

transformándose en versos y evidenciando la vigencia de las formas aprendidas en el hogar primigenio pese al inevitable paso del tiempo:

El problema con la terapia  
es que a veces abres cosas  
que antes te negabas a abrir.  
Al salir de la sesión quieres huir,  
dejarlo ahí. Pero no.  
Lo que abriste se convierte  
en el pedazo de cebolla  
que dejaste olvidado  
en el refrigerador:  
Empieza a apestarlo todo.  
Así que esto es la familia,  
comida echándose a perder  
y, sin embargo, fresca (Flores 46).

No solo me parece relevante este ejercicio en cuanto a fondo, sino que también destaco la agilidad de ponerse al nivel de la emoción, sin ser superada por esta, para configurar la forma. Sus versos van más allá de una verborrea acicalada por sentimentalismos, son un poema que trasmina lo que motivó su escritura sin la intención de ocultarlo en la solemnidad.

Esto no quiere decir que la escritura solemne sea indistinta a lo emotivo, a lo que me refiero es a la cualidad de llevar los saberes poéticos, y de vida, a un lenguaje híbrido entre lo coloquial y el linaje occidental literario. La fusión de su formación académica con la sencillez en la obra de Luna Flores no surge de forma espontánea, su génesis se puede mapear dentro del poemario mismo; en “De aquellos años sólo recuerdo”, poema que forma parte de la sección “Bolsita de Ziploc”, evoca el pasado incrustando imágenes en las que aparece la novela *Robinson Crusoe*, escrita por el inglés Daniel Defoe, a principios del siglo XVIII, y que se adscribe a la literatura universal siendo una de las novelas de aventuras más reconocidas. Este sutil gesto, sumado a su formación en Letras, que mayoritariamente suele hacer énfasis en la historia de la literatura hegemónica, revela la travesía de la autora por las veredas del lenguaje más apegadas a los academicismos. Sin embargo, el poemario también ofrece indicios que develan el arraigo a las

expresiones orales, aprendidas fuera del aula; por ejemplo, al utilizar la expresión camisas “nejas”, para referirse a la suciedad en la ropa:

De aquellos años sólo recuerdo  
un libro viejo de Robinson Crusoe  
y una botella de agua de colonia  
Flor de naranja  
en su buró;  
sus chancas, las camisas nejas  
y el olor a sudor que despedía su cama  
individual,  
que no era suya,  
sino de mi hermano mayor.

De los recientes daños sólo  
se cayó, se calló  
y como bolsita de Ziploc  
jamás abierta  
todo lo de adentro se pudrió (Flores 41).

En la generalidad, considero destacable la escritura de poesía, o cualquier otro formato literario, que tenga la capacidad de dar cuenta de los fenómenos psicosociales que padece un grupo generacional al que le atraviesan condiciones similares, en este caso, el proceder de una familia disfuncional, ser mujer, ser precarizada y ser periférica; aquella donde podemos espejear los malestares, ya que la literatura, además de la belleza formal que puede ofrecer, también acompaña.

Pienso en mis amigas Mariana y Frida, en su compañía, y en cómo sin ellas no hubiese podido escapar de aquel agujero negro que estaba a punto de tragarme viva. *Ya no tengo fuerza para ser civilizada* utiliza la vulnerabilidad como elemento creador para abordar las complejidades intrínsecas a la existencia. Es humanamente necesario vulnerarse, tanto en la vida cotidiana, así como en el quehacer artístico. Si una no filtra el dolor cada vez que tiene la oportunidad, corre el riesgo de implosionar, de no poder contenerse más emocionalmente hablando. Sobre todo, en nuestra contemporaneidad capitalista, que nos exige día a día portar la máscara del bienestar para ser productivas. ¿qué importan las piedras que una no ha logrado sacar de la mochila emocional que carga. ¿Qué importa si tu madre murió y no hay día que no la añores. ¿Qué importa si

terminaste una relación y no cesa el duelo. Nada de eso importa en un mundo que exige soluciones cada vez más rápidas y trabajadoras más eficientes.

Es importante detenerse a organizar las heridas, para que los pies presurosos no alcancen la indiferencia. Darse pausas para sentir. La lentitud, así como el detenerse a acompañar y ser acompañada, es *descivilizatoria* y no ser civilizada no anula el hambre de poesía; dicen que esta está en todos lados y el trabajo de Iveth Luna Flores nos deja ver que no proviene solo de los entornos más favorables. Cuando una no tiene fuerza para dar la cara en las aulas o el trabajo y encontrar ahí lo poético, habrá que buscarlo en otro lado, en el entorno más inmediato. Aunque este sea tu habitación tras semanas en ausencia de limpieza porque la depresión te tiene agotada. O en tu refrigerador, con la comida de hace semanas llena de moho.

Quiero ponerle cabestrillos a mis versos  
para que se sostengan.  
Quiero darle aseo a mi lenguaje  
porque el lenguaje es un riñón que se limpia  
con la saliva que bebemos.  
Hay costras de suciedad  
enamoras de mi sillón.  
Quiero unirme al carnaval,  
quiero unirme a la Fuerza Civil,  
pero ya no tengo fuerza para ser civilizada.  
Mi padre se cayó borracho de las escaleras,  
mi madre tiene un derrame en el ojo.  
Esta camisa de fuerza  
va a reventar si me pongo tierna (Flores 77).

## Referencias

Luna Flores, Iveth. *Ya no tengo fuerza para ser civilizada*. 2ª ed., Universidad Autónoma de Nuevo León, 2022.